

Margarita Salas, una científica excepcional, nació un día de noviembre en un pequeño lugar del Principado de Asturias llamado Canero. Ocho décadas después, otro día de noviembre, Margarita se despidió de la vida en resonante silencio y cerró con curiosa precisión y exquisita discreción su extraordinario ciclo vital.

El día que iba a conocer a Margarita Salas, profesora de Genética Molecular en la Universidad Complutense de Madrid, llegué al aula justo a tiempo de ocupar uno de los asientos libres de la última fila. Con exquisita puntualidad, la profesora ya estaba en el estrado e iba a comenzar su clase. En aquella época, sus contribuciones científicas ya habían ganado espacio en los libros de texto y en las enciclopedias, pero yo no sabía absolutamente nada de ella, corroborando la idea de que a menudo ignoramos hasta el nombre de quienes tienen la capacidad de cambiar nuestras vidas. Aquella clase, lejana pero inolvidable, se centraba en el estudio de la naturaleza molecular del material genético, trabajo que condujo al descubrimiento por parte de Oswald Avery y sus colegas del llamado *principio transformante* y a su posterior caracterización como ADN.

Con absoluto rigor en el uso del lenguaje y acompañada únicamente por la tiza y la pizarra, la profesora Salas nos desveló los detalles de los elegantes experimentos que llevaron a la sorprendente conclusión de que el principio transformante no era una proteína, sino que poseía las propiedades químicas de los ácidos nucleicos. En ese momento entendí que la enseñanza de las ciencias no podía limitarse a la mera descripción de lo que otros habían descubierto en el pasado, sino que era necesario mirar hacia el futuro, constatar la existencia de muchas preguntas para las que no había respuesta y aventurarse en su resolución. Al final de aquella clase, tuve la sensación de que el verdadero principio transformante no era el ADN, sino la propia Margarita Salas.

Margarita dio ejemplo máximo de rigor, de honestidad y de compromiso en todas las actividades científicas y ante todas las dificultades que la vida le fue presentando. Durante su tiempo en el mundo, la profesora Salas publicó varios centenares de artículos científicos, dirigió decenas de tesis doctorales y asumió múltiples responsabilidades de gestión científica. Recibió por ello importantes galardones científicos y sociales, pero ninguno, absolutamente ninguno, es comparable a lo que en mi opinión fue su logro fundamental: la unánime admiración y el infinito cariño que generó en los que fuimos sus alumnos y sus discípulos en la vida y en la ciencia.

Hoy, en nombre de todos ellos me gustaría trascender los límites de la realidad y enviar un mensaje a Margarita Salas a ese remoto lugar en el que ya solo se escucha el silencio del viento y la voz del tiempo, para decirle que siempre fue un modelo y un icono para todos nosotros, pero también para muchas personas que nada sabían de la ciencia ni de sus circunstancias. Por eso, querida Margarita, mientras continuamos anclados a la noria de la supervivencia buscando el conocimiento y deshilvanando nuestra particular existencia a merced de la entropía, seguimos recordando con absoluta nitidez y gratitud tu voz, tus palabras, tu mirada, tu austeridad, tu ejemplo y tu dignidad.

Carlos López-Otín